

ocean

Ministerio de Trabajo y Asistencia Social
Dirección General de Asistencia Social
Oficina Central de Evacuación y Asistencia a Refugiados



Periódico quincenal
que se reparte gratis
a los refugiados

Año I

Valencia, 1 de diciembre de 1937

Núm. 6

"EVACUACION"

fragmento del cuadro
del pintor Llobregat
que refleja con todo
su dolor la tragedia
de los refugiados.



Motivos nuestros

Escenas de la O. C. E. A. R.

—Salud.

—¿Qué desea?—le pregunta la empleada.

—Ropa—contesta el que ha saludado.

Es un muchacho de unos veintidós años, moreno, pequeño, pero vivaracho, algo de moruno, movedizo, inquieto, vista penetrante, cara exigente.

—¿Quién eres? Llevas la tarjeta de evacuación.

—Soy un evadido del campo faccioso—contesta—, y añade: He marchado de aquella gente. Yo no tenía ninguna idea, era solamente un obrero trabajador y basta. No sabía nada de Sindicatos ni de socialismo, quería trabajar y vivir honradamente, como se decía antes. Vino la guerra y me incorporaron al ejército fascista. Un día, en un ataque, nos apoderamos de trincheras vuestras, que ahora son mías—hizo una pausa y prosiguió—. Encontré, entre otras cosas, prensa obrera y antifascista. Por curiosidad me la escondí; durante varios días, la leí, una, dos y tres veces. Enseguida vi que los antifascistas luchaban con entusiasmo y que la lucha tenía un sentido.

Empezó la idea a machacarme el cerebro, y para mí ya no hubo más paz.

Ocupamos un poblado, hicimos algún prisionero y los fusilaron a nuestra presencia. Ninguno de ellos flaqueó. Fueron a la muerte cantando cantos que yo no había oído nunca. Ahora sé que cantaban la «Internacional» y «A las barricadas». Murieron gritando ¡Viva la Libertad!

Calló un rato y prosiguió; la oficina se había concentrado alrededor de él:

No podía estar quieto; busqué amigos y encontré a uno. Planeamos la huida. Nos pasamos con todo... Ahora estoy entre vosotros, en espera de ir al frente a luchar contra ellos. En el campo faccioso he dejado padres y hermanos. Ahora, para mí, todos vosotros sois hermanos.

Nadie le contestó su explicación. Todos estaban silenciosos, pero la voz de la empleada se dejó sentir:

—¿Qué ropa quieres?

—Mire—contestó, y enseñó su vestimento; no llevaba nada provechoso.

...La O. C. E. A. R. le vistió todo.

Verdaderamente, se lo merecía.

—Oye, camarada—dice una anciana, que acompaña a su marido, un anciano también casi desvalido—, ¿nosotros dónde subimos?

En este momento tiene que intervenir el responsable, para interpelar a unos jóvenes, que, ante el espectáculo de aquella pareja, cuya decrepitud mueve a compasión, no ha hecho que éstos se movieran de sus asientos, que, validos de sus jóvenes años, ocuparon de los primeros.

—Oye, camarada; te advierto que los primeros en ocupar los asientos deben ser las mujeres, los niños y los ancianos. Tanto más, cuanto éstos se hallan desvalidos.

—Es que nosotros también somos...

—Lo sé—ha cortado rápido el responsable—; ¡pero yo no puedo permitir que vayan ellos de pie, quedando vosotros sentados! ¿Lo harías si fuesen tus padres?

Y aquellos mequetones, que tal vez eran unos huidos y no evacuados, no tuvieron más remedio que levantarse, corridos y quizá avergonzados.

Entretanto, los coches han sido materialmente abarrotados entre público y equipajes heterogéneos y se disponen a partir hacia Alcázar de Cervantes, donde habrán de tomar el tren que les conducirá a los distintos puntos por donde se va diseminando esta humanidad doliente y dolorida, forzada a huir de los lugares donde la criminalidad enemiga se ceba entre la multitud indefensa.

Y entre risas, llantos, bromas e imprecaciones de mal gusto, se aleja la caravana.

¡La caravana pasa!

Pasa la caravana dolorida tras de un hogar que ha perdido, y lejos de mostrarse compungida, sonríe animada y decidida, esperanzada en crear otro nido.

LIBRE

Evacuación...

¡Ya llega! ¡Ya llega el tren!

Ha sido la exclamación de los chófers allí reunidos, en espera de este diario acontecimiento. Y a lo lejos se divisa la pequeña locomotora que penosamente arrastra un número bastante crecido de unidades, por cuyas ventanillas asoman, arracimadas, infinidad de cabezas, con curiosa ansiedad.

Frente a la pequeña estación de Colmenar de Oreja están los autocares alineados, en espera de la llegada de los evacuados que a diario salen de Madrid.

Hace frío. Era por el mes de Diciembre cuando la gente pedía ella misma ser evacuada y sufría más las inclemencias del tiempo que las molestias del largo peregrinar.

Apenas llegados a la estación, los viajeros se desbordaban en el andén y corrían ansiosamente en busca de los vehículos, afanosos por ser de los primeros. Trabajo costaba retener la humana avalancha, que en su vehemencia, tomaba los coches por asalto.

—¡Aquí, aquí, madre!—gritaba una joven desde la ventanilla en que había ocupado un asiento para que, a su vez, la madre ocupara el contiguo, y, claro está, como éstos no estaban numerados, éste ya había sido ocupado por un niño, que, a su vez, dejando a sus acompañantes, había corrido para tomar su sitio, como si se tratara de una sesión de cinematógrafo.



Los ficheros de la O. C. E. A. R.

Por razones motivadas por el cambio del Gobierno, han sido trasladados a Barcelona los ficheros de la O. C. E. A. R.

Setenta y cinco muebles, con una cabida de veinte mil fichas cada uno. Seis potentes camiones han transportado la relación de todos los refugiados de la España Antifascista.

¡Qué cantidad de emociones hay en cada ficha de la O. C. E. A. R.!

Aquel que tiene la familia extraviada y llena su ficha para que la O. C. E. A. R. conteste a su petición de paradero, en vez de extender una ficha, extiende en ella todo un deseo, todo un grito de angustia.

Y la ficha va a incorporarse al grandioso vientre de la Sección de Información y Fichero, esperando que soliciten de ella.

Casi a todos les llega el turno.

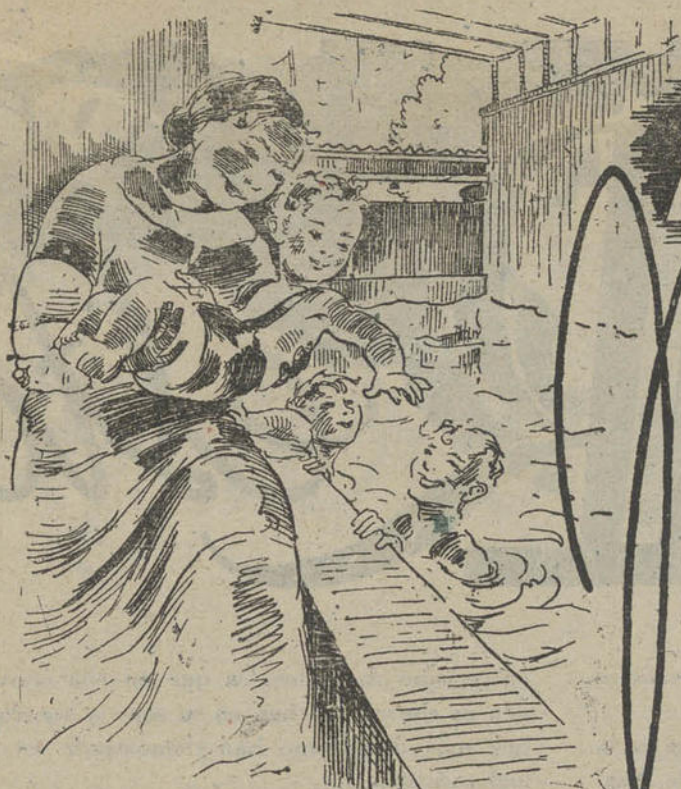
Y la encargada de buscar el paradero, sabe que cuando encuentra un paradero, tiene en sus manos la felicidad, la dicha de una familia, de un individuo. Acaso un hijo que encuentra a su padre, o viceversa.

Han marchado hacia Barcelona los ficheros de los Refugiados. En cada provincia quedan aquellas fichas de los refugiados que albergan, como en los Comités Locales de Refugiados, quedan aquellas de los que están circunstancialmente en la respectiva municipalidad.

Para darse cuenta de la enorme tarea que supone, basta indicar que ha sido necesario un tiempo de cuatro a cinco meses para reunir tal cantidad, a pesar de que se ha trabajado febrilmente en ello.

Los ficheros de la O. C. E. A. R. continúan acoplando familias y dando paraderos.

Los ficheros de la O. C. E. A. R. son un esfuerzo logrado!



EL REFUGIO DE

Margarita Nelken

A primeros de Febrero, Valencia recogía en su seno a una enorme cantidad de refugiados. Sus posibilidades de acogimiento eran enormes, ya que tenía el Refugio de la calle Luis de Sirval y el de Mariana Pinéda, y otros dos o tres de más pequeña cabida. Pero, a pesar de estas posibilidades, no podía absorber aquella cantidad de refugiados que, de tránsito, se encontraban en Valencia.

Más de algunas noches se habían tenido que habilitar ciertos cines y colocar en sus vestibulos camas y catres para que pudieran descansar unas horas los ciudadanos evacuados.

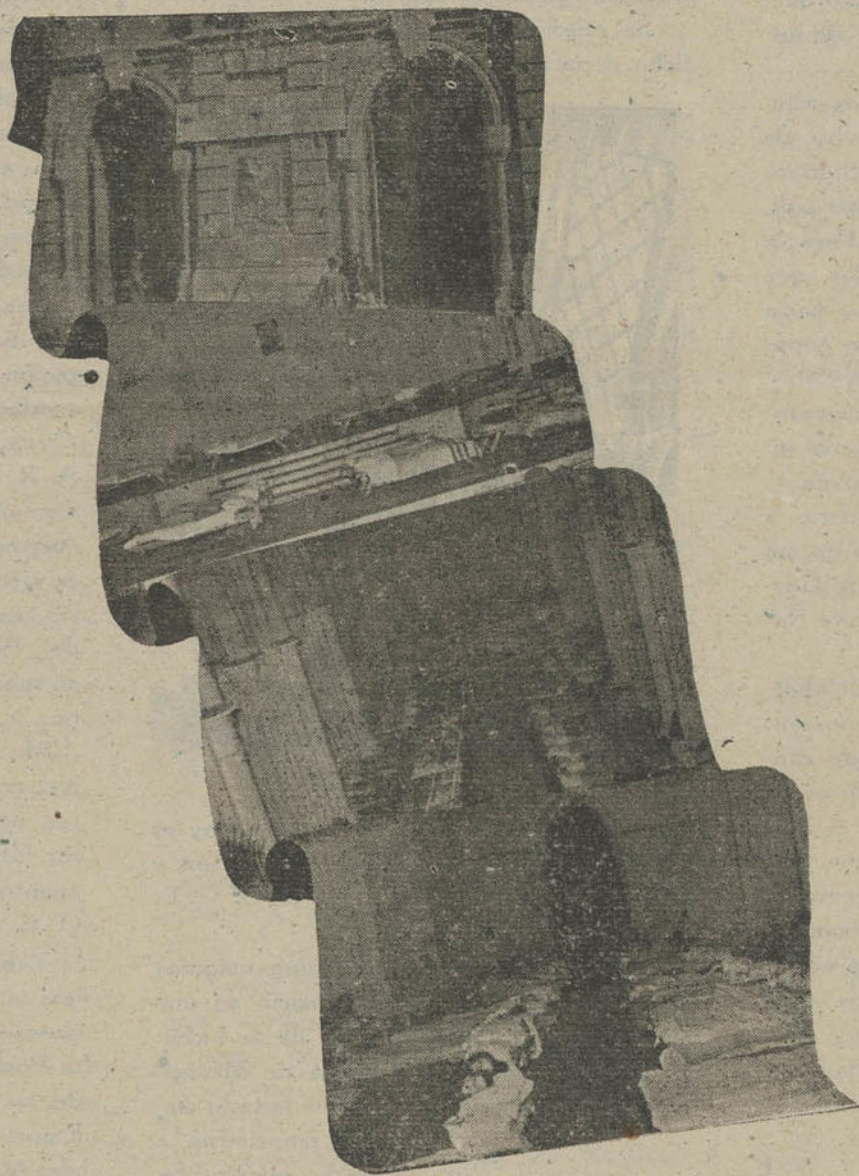
Ante esta imperiosa necesidad fué preciso poner en marcha un enorme refugio que absorbiera sin dificultades a todos aquellos que se vieran en la necesidad de pernoctar en Valencia.

Ante este estado de cosas, la O. C. E. A. R., conjuntamente con el Presidente de la Delegación de Asistencia Social en Valencia, iniciaron las gestiones para buscar un edificio que satisficiera estas necesidades.

Tarea difícil, ya que Valencia sufría en aquellos días una congestión tan enorme de gente, de organismos, tanto oficiales como antifascistas, que la busca de edificios era «arte» difícilísimo. Todo lo que tenía forma de casa, todo lo que tenía techo, era escudriñado por los buscadores de alojamiento.

Recuerdo perfectamente que Acsejo me decía, con este motivo: «buscamos edificios, que si no encontramos nada, yo tengo «escondida» una iglesia capaz para cuatrocientas o quinientas camas».

Claro, no encontramos nada, absolutamente nada, y Acsejo tuvo que sacar de un escondrijo la famosa iglesia, que, de casa Divina, desde aquel momento pasaría a ser casa humana.



Rápidamente se empezaron los trabajos. Se retiraron los objetos de culto que aun quedaban, y, como no podrá de ser menos, con el valor de las sillas y los bancos y de los mármoles, se cubrieron la mayoría de atenciones que se hicieron para convertir en un buen refugio la iglesia que hoy es Refugio de Margarita Nelken.

Se equipó de camas, se instalaron duchas, baños, posteriormente una piscina, y el Refugio de Margarita Nelken es una máquina de dormir de una capacidad de 3.500 horas de sueño diarias, contando con una cabida de unas 400 personas.

Los dormitorios, aprovechando las características de la iglesia, están divididos para hombres y mujeres; pequeñas salas destinadas a mujeres con niños, a jóvenes solas, a chicos. En fin, dentro las posibilidades que ofrece un edificio de esta índole, se han acoplado sus servicios.

Su impresión es admirable, limpio, claro, pintado de un color blancucho, lleno, repleto de camas «por todas partes y por

todos los sitios», el refugio de Margarita Nelken es un establecimiento, una casa de dormir confortable, que cumple satisfactoriamente su misión.

El régimen de convivencia es resuelto. Se admiten los refugiados que llevan su tarjeta de evacuación y refugiamiento; se les inscribe y se les da el vale para el comedor Ascaso. A las 8 de la noche se abren las salas de dormir.

A la media hora, o más tardar, a los cuarenta minutos, el refugio parece un sepulcro; nadie habla. Su quietud parece que hiela.

A veces diríase que la impresión es desagradable. Pero la voz de un niño que llora y de su madre que le arrulla, con el consabido acompañamiento de otros, da una nota agrio fuerte inolvidable.

A veces son suspiros y llantos. Recuerdos que pasan por las mentes de los durmientes, evocaciones provocadas por el edificio, que era propiedad de aquellos que hablaban de amor y que después les ametrallaron. Recuerdos de los seres perdidos. Tragedias íntimas. Esperanzas confundidas. Sentimientos contrapuestos. Reacciones distintas. Todo eso es el refugio Margarita Nelken, con sus salas de durmientes, con sus camas alineadas, desde la puerta hasta el último rincón de lo que era altar mayor. Aquella nave lleva incrustada en sus paredes y flotando en el aire todo el deseo, toda la esperanza y la ilusión de un pueblo que lucha para conseguir una vida digna de libertad, de amor y de justicia social.

Cuando se duerme en el refugio, la fuerza subconsciente de los refugiados de guerra constituye, en su yo, la fuerza que ha de impeler a la España al logro de sus objetivos y de sus ideales.

OCEAR Para los Refugiados está en todas partes

CONSECUENCIA de la evacuación de los ciudadanos, que no querían convivir con las horridas fascistas, fué la creación, por parte del Gobierno de la República, de un órgano que regularizara la estancia entre nosotros de los evacuados.

Al calor del pueblo, los primeros refugiados encontraron entre la masa viva de ciudadanos de la España leal a la República y a las tradiciones liberales de nuestro país, una fraternal y entusiasta acogida. Pero la considerable cantidad de evacuados que afluyeron en los primeros momentos hacia Madrid, como centro que convergían todas las ilusiones y esperanzas de los antifascistas, obligó al Gobierno de la República a constituir un Comité de Refugiados, que tenía jurisdicción por toda la capital de España.

En pronto se tuvo que ascenderlo a la categoría de Nacional, y lo que en un principio fué Comité de Refugiados de Guerra de Madrid, se transformó en Comité Nacional de Refugiados de Guerra.

Este Comité realizó la más difícil labor, en colaboración de todos los organismos antifascistas. Evacuó toda la más grande cantidad de ciudadanos que huían aterrorizados de la garra fascista.

Pero no pudo ampliar su labor con aquella perfección necesaria. La premura del tiempo, la falta de medio, la preocupación de la guerra, privaron de que se orientara debidamente el problema de los refugiados en todos los sentidos.

Creado entonces el Ministerio de Sanidad y Asistencia Social, se creyó conveniente in-

corporar a estos departamentos los servicios de evacuación y refugiamiento.

Fué un gran acierto del Gobierno de la República, ya que la labor peculiar de Asistencia Social cuajaba perfectamente con el problema de los refugiados.

Se adscribieron, pues, estos servicios a dicho departamento, por medio de una Ofi-



cina aneja a él. Esta oficina, la que hoy es la célebre Oficina Central de Evacuación y Asistencia a Refugiados, o sea la O. C. E. A. R.

La O. C. E. A. R., esta gran máquina de Evacuación y Refugiados, nació en uno de los momentos más difíciles de la lucha: en Febrero, cuando la pérdida de Málaga. Cuando los cuerpos del ejército fascista italiano empezaron a invadir nuestro territorio.

Pero, a pesar de esta primera tarea difícil, en que tuvo que intervenir activamente, empezó a laborar con dinamismo y energía abundante.

La marcha ha sido y es ascendente. La O. C. E. A. R. es uno de aquellos organismos que no había llegado aún a la capacidad y perfección de ahora.

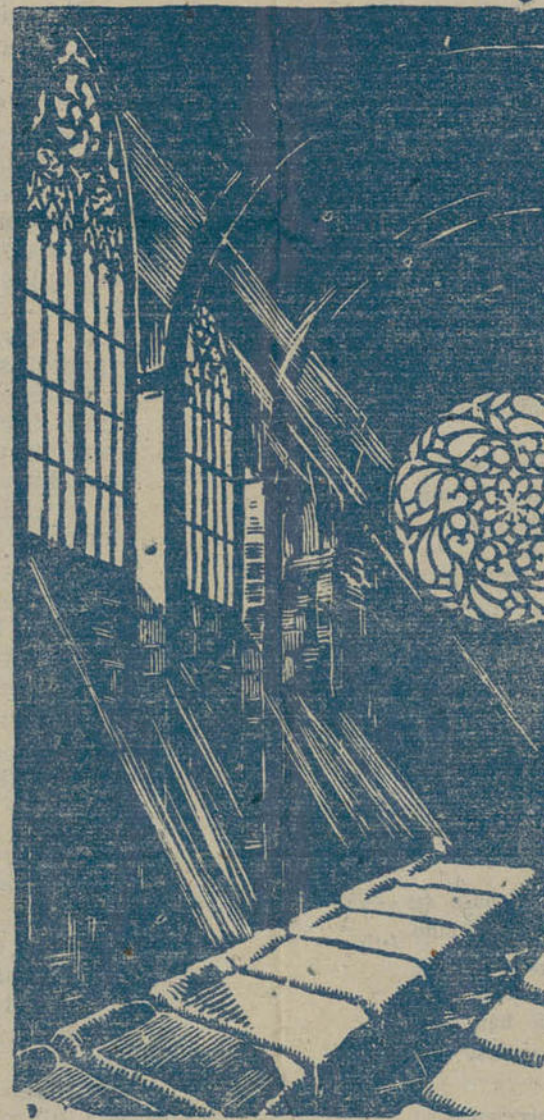
entusiasmo de todos los que en ella conviven es enorme. Acoge en su seno a aquellos que más dinamismo han demostrado en la lucha antifascista.

Recuerdo, a propósito, la visita de una respetable señora diputada inglesa, que, en una de las visitas primaverales, que tanto en tiempo de paz como en tiempo de guerra nos acostumbraban a hacer los extranjeros, me preguntó varias y repetidas veces si el aparato funcional de los refugiados existía antes de la guerra. Preguntaba de dónde procedía el personal que intervenía en evacuación y se extrañaba que, sin una preparación sólida, cumplieran tan acertadamente su misión. Ciertamente que en la O. C. E. A. R. hay una buena parte de elementos procedentes de Asistencia Social, pero también es cierto que hay muchos que su trabajo peculiar de antes del 19 de Julio dista de ser, en mucho, el que realizan ahora.

Me indicaba cómo era posible, en tan poco tiempo y con tan poco dinero, se organizaran tantos y tantos establecimientos como tenía entonces la O. C. E. A. R.

Y era en aquellos tiempos que la O. C. E. A. R. aún no poseía la Maternidad de Fuente Podrida y el Refugio Giner de los Ríos y las Oficinas de Etapa de Caspe, de Castuera, de Albacete, de Huelva, y aún no funcionaba la célebre Policlínica que ha venido haciéndolo desde Mayo en la ciudad del Turia.

Ciertamente que tenía entonces la O. C. E. A. R. la Maternidad de Vélez Rubio y un sin fin de Refugios, tales como el de Margarita Nelken, la Borrasca, Mariana Pineda, Ramón y Cajal, el Hospital de Refugiados, y los comedores Ascaso y de la Estación del Norte de Valencia, así como el Refugio de García Paredes, de Madrid, y una serie de servicios adyacentes, pero que no había llegado aún a la capacidad y perfección de ahora.



Desearía de buena gana que la ciudadana inglesa tuviera ocasión de volvernó a visitar y observaría gustosamente con su admiración, al vernó aún más perfeccionados. Gozaría en llevarla a la Maternidad de Fuente Podrida, admiración de propios y extraños, algo que quedará definitivamente, demostrándole la gran capacidad constructiva del pueblo español, unida a una fina sensibilidad que nos hace envidiable por todos los conceptos.

Quién no se siente admirado ante la delicadeza que supone esa obra meritísima que aleja a las futuras madres de las inquietudes del frente.

Ese acto solo, sirve para clasificar a todo un pueblo.

Y es que en nuestro temperamento hay siempre algo tan elevado, que todos aquellos pequeños defectos que se nos achacan pierden toda importancia al lado de la grandeza de miras que nos guía.

La O. C. E. A. R. es una prueba palpable de nuestra potencialidad creadora y constructiva, en todos los órdenes, en todos los detalles, en todos los aspectos y terrenos.

Con poco dinero, aproximadamente siete millones, en diez meses, con una cantidad insignificante, se ha logrado toda una red de servicios que realizan una gran labor. Conviene enumerarlos para que se sepa claramente lo que es la O. C. E. A. R. En concreto, actualmente, realiza toda la labor de evacuación, tanto en España como en el extranjero, y refugiamiento necesario para evacuados. Distribuye, les

atiende sanitariamente, les viste; sus distribuciones de ropa son elocuentísimas; reúne, valiéndose de su enorme fichero, a las familias que se separaron en la confusión de la evacuación.

Atiende a los refugiados de todas las maneras que imaginarse pueda.

Además, ha organizado las expediciones de niños a Rusia, Francia y México.

Pero eso es poco aún; la O. C. E. A. R.

le cabe el honor de haber hecho una legislación para los refugiados. Y la ha hecho y la hace cumplir con poco aparato. Por mediación de los Jefes de Etapas y de los Comités Locales de Refugiados.

Esta labor política, esa labor delicada, la O. C. E. A. R. la realiza sin ningún contratiempo. Ni un solo acto de protesta co-



problema de dudas ciudadanas, ni un conflicto de orden público, ni una epidemia, y no ha sido, en ningún momento, una actividad dedicada a lograr prosélitos y hacer la labor política.

La O. C. E. A. R. reúne en sí misma una perfección antifascista, en todos sus aspectos políticos, funcionales, sanitarios y dinámicos. La O. C. E. A. R. es una obra que practica la solidaridad.

La O. C. E. A. R. está en todas partes donde hay un refugio y lo atiende como un ciudadano consciente, como un antifascista cien por cien. Como es su deber y su obligación.

El Gobierno de la República tiene toda la confianza de esa Oficina y para él, el problema de los refugiados es sencillamente un problema resuelto, porque está la O. C. E. A. R.

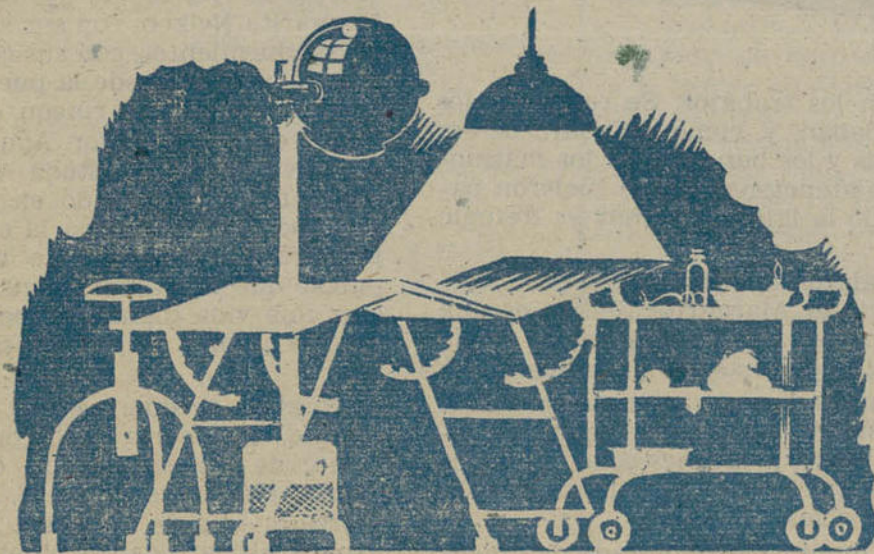
Y la O. C. E. A. R. es la Solidaridad practicada en su más alto concepto y con su más alto significado.

Hay refugiados que honran

Este es el caso de unos compañeros refugiados del Norte que no quieren que se publique su nombre, que han preferido empuñar las armas en el frente que no cooperar en el taller, a pesar de que las máquinas necesiten de sus brazos.

Ya lo hemos dicho, el refugiado es un antifascista cien por cien.

Y si no... a los hechos.



La Conferencia de Coordinación de Ayuda a la España Republicana

En los días 20 y 21 del pasado mes de Noviembre, se celebró en París la Conferencia de Coordinación para la Ayuda a la España Republicana.

Invitados por los componentes de la misma, este Ministerio de Trabajo y Asistencia Social ha acudido a ella con unos amplios estudios e informes de la labor tenaz que ha realizado y realiza la Oficina Central de Evacuación y Asistencia a Refugiados.

El delegado de este Ministerio, que reside y actúa en París desde los primeros momentos que se efectuaron evacuaciones de niños a la vecina República Francesa, el diputado Amós Sabrás, representó y expuso las gestiones de este departamento.

Causó gran impresión el trabajo realizado, en especial aquel que se refiere a las Maternidades de Vélez Rubio y de Fuente Podrida, donde quedó en alta estima la fina sensibilidad que ha tenido el Gobierno de la República al tratar tan delicadamente el problema de la Maternidad en los actuales momentos.

Igualmente planteó el señor Sabrás un proyecto del ministro Aguadé, que fué acogido con entusiasmo verdaderamente excepcional y será llevado a la práctica rápidamente, consistente en que los niños evacuados de España que hayan cumplido catorce años, sean especializados en diferentes materias, según sus aptitudes y aficiones, sufriendo un aprendizaje en mecánica, arquitectura, ingeniería, etc., etc., que les hará que al regresar a su patria, vuelvan en las mejores condiciones para ser útiles a la misma, por su capacitación que les asegure, al mismo tiempo, un porvenir digno.

Esta obra del señor Aguadé, que tantos aplausos mereció, asegura a todos los niños españoles que tuvieron que alejarse de su hogar, un mañana de independencia y prosperidad.

Para tal fin se ha constituido una Comisión especial, integrada por Buysson; secretario de C. G. T., Rigal, y el delegado de este ministerio en París, Amós Sabrás, los cuales estudiarán la forma más rápida y eficaz de poner en vigor esta gran obra social.

No cabe decir que ambas sugerencias y demostraciones fueron aceptadas y tenidas en cuenta por los diversos representantes de los países que prestan ayuda a la España Republicana, y que se traducirá prontamente en un reconocimiento de los grandes trabajos y esfuerzos que, en beneficio de los refugiados, ha realizado la Oficina Central de Evacuación y Asistencia a Refugiados, y, por consecuencia, el Ministerio del Trabajo y Asistencia Social.

Me preguntan cómo he evacuado de Gijón. Pues de una manera muy trágica y penosa al mismo tiempo. Nos dieron la noticia un martes por la noche, de que al día siguiente, por la tarde, teníamos que estar en el Musel, puerto de Gijón, donde yo residía, y que tanto amaba; cuando llegamos quedé asombrada al verlo tan lleno de coches y equipajes y por todos los lados compañeros despidiéndose de sus seres más queridos, que, con valentía y para mejor hacer frente al enemigo, en aquel pedazo de tierra y con el poco material bélico con que disponían, tenían el optimismo de vengarse y demostrar, como siempre, su espíritu revolucionario.

Yo me despedí de mi padre y hermanos con una grandísima pena y pensando cuánto tardaría en volver a

De la evacuación de Asturias

Mi mayor preocupación ha sido, durante los meses que me he dedicado a cooperar con mi humilde esfuerzo en la humanitaria obra de la evacuación de niños españoles, la de procurar, por todos los medios, que el día en que la Paz traiga su ramo de olivo a los hombres que estamos en guerra, cada madre evacuada pueda estrechar entre sus brazos a los hijos de su alma; de todas mis angustias, es, sin duda, la más grande, aquella que se refiere directamente a los niños, que, una vez terminada la guerra, se hayan perdido y no encuentren a sus padres. Son tantos éstos, que sólo al pensarlo, el ánimo flaquea y los ojos se ciegan, velados por la neblina del dolor. En las horas amargas que pasé en Francia presencié el desfile de los camaradas

salidos de Asturias y el desembarco de cerca 200 criaturas... Los que, por fortuna, aún tenemos corazón, creímos siempre que el dolor más grande de una madre sería, sin duda, el que siente al ver morir un hijo querido. Pero, ¿hay tortura mayor para una madre que la de estar segura de que sus hijos viven en algún sitio del mundo, pero que ella jamás ha de volverlos a ver? Estas compañeras han procurado salvar la vida de sus pequeñuelos metiéndoles en un barco, sin documentos ni retratos que puedan identificarlos el día de mañana. Sí, esas pobres compañeras de vida y sufrimientos, víctimas de la miseria e injusticia social, en las horas angustiosas en que el cuerpo fatigado se tiende a descansar en el refugio, cuando el insomnio no deja cerrar los párpados de los desgraciados que tienen penas muy hondas en que pensar y angustias y tragedias, se debaten en la mente de sus recuerdos; verán en la obscuridad, en la noche inmensa de su infortunio, como unas lágrimas (puras lágrimas de madre), amargas como la hiel, dibujan sobre sus rostros de «mater dolorosa» los signos imprecisos de una nueva taquigrafía, que, cual si fuera dictada por el alma, hace a lo infinito esta anhelante pregunta: ¿Dónde estarán mis hijos...?

Qué alegría si, cuando el fin de la guerra llegue, y con él nuestro triunfo legítimo e indiscutible, podemos decir a todas (absolutamente a TODAS)

las madres españolas que hoy se ven separadas de sus pequeñuelos: ¡Confíaste en días aciagos tus hijos a la República; hoy, en horas felices, ésta te los devuelve; has sufrido la dura prueba de la guerra, quíereles mucho y educa los para que sean el día de mañana dignos ciudadanos y militantes decididos en el gran ejército de la Paz!

GENARO MUÑOZ

La evacuación de Madrid

Leemos es el periódico «Claridad», de Madrid, unos párrafos sobre evacuación, que nos parecen acertadísimos y que reproducimos por creerlo de interés:

La necesidad de que la población civil no combatiente evacue de Madrid se siente hoy con más urgencia que hace un año. Cuando el enemigo, después de la caída del Norte, concentra sus fuerzas para lanzarlas a un brutal ataque, cuando son más necesarios que nunca los transportes para abastecer debidamente los frentes, cuando la quinta columna sigue trabajando en nuestra retaguardia, precisamente aprovechándose de las personas que no prestan un servicio directo para la guerra, en Madrid únicamente deben quedar los camaradas que prestan un servicio que directamente afecta a la guerra, alejándose de la capital de la República el resto. El vecindario madrileño, que tantas y tantas pruebas de abnegación viene dando en el curso de la guerra, es necesario que comprenda esta realidad. Por otra parte, el enemigo, en nuestra retaguardia, hace una resistencia pasiva a las órdenes del Gobierno para evacuar Madrid, porque saben que así dificultan el abastecimiento de la capital, y con ello pretenden elevar el descontento entre la población no combatiente.

Tenemos el caso claro de la orden dada por el Gobierno para que se ausenten de Madrid todas aquellas personas que perciben pensiones del Estado. A pesar de ser una orden terminante, la realidad es que en Madrid continúan infinitas de personas comprendidas en la citada orden. ¿Es que el Gobierno puede tolerar que se juegue así con los intereses del pueblo? Evidentemente que no, y los antifascistas deben darse cuenta de que la orden de evacuación de Madrid no es un mero capricho, sino una necesidad viva, palpable, que se siente, y que, por tanto, es necesario llevarla a cabo con la mayor rapidez posible, sea como sea.

Como he evacuado de Gijón

ver aquellos seres tan queridos para mí.

Embarcamos a las 12, y hasta las 5 de la mañana no zarpó el barco, que iba de bote en bote, y no pudiendo contenerlo, empecé a llorar de pena y coraje. Al mismo tiempo, por no poder quedarme a compartir los momentos difíciles que les faltaba pasar, aunque no entrasen, porque yo también tenía el optimismo de que no pasarían, porque creía que iban a tener más ayuda que la que tuvieron.

Llegamos al puerto de Burdeos, donde nos acogieron y atendieron muy bien; pero yo no puedo contar más de allí, porque estuvimos solamente unos instantes; en seguida to-

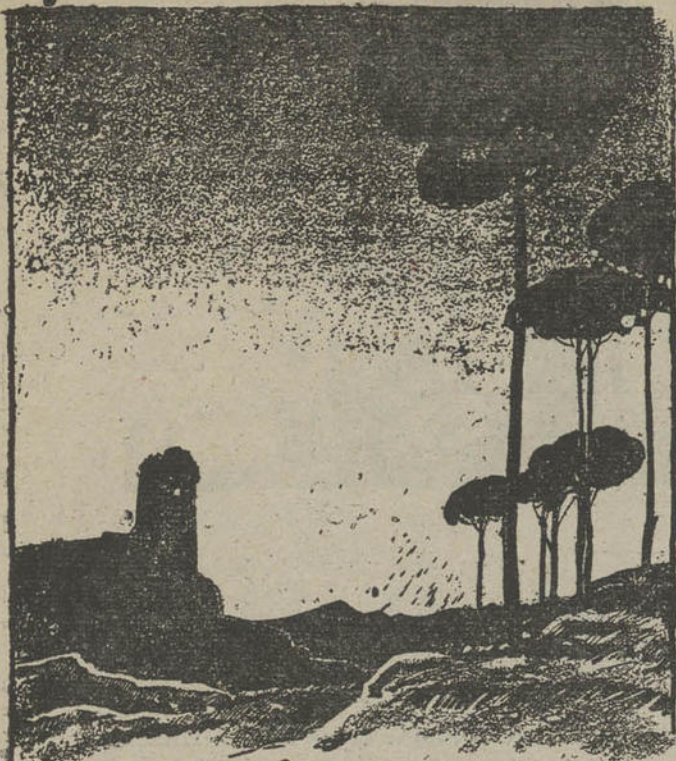
mamos el tren y nos fuimos con rumbo a España.

Después de unos días de encontrarnos aquí, tuvimos la noticia de que hubieran entrado en Gijón las tropas fascistas, retirándose la mayoría de nuestros milicianos para Avilés y otros para la cuenca minera, a seguir combatiendo y a jugarse el todo por el todo, o sea la vida o la muerte, que en los momentos que estaban más era la muerte que nada. Después, al poco tiempo, supimos que estaban llegando asturianos al puerto de Francia (Burdeos); pocos eran, porque también eran pocos los barcos que se encontraban en los puertos de Asturias. Yo nada más que su-

pe de un hermano, que, después de pasar bastantes penalidades, se pudo escapar de las garras fascistas, que tantos daños y crímenes estarán sufriendo los asturianos que han tenido la mala suerte de quedarse con ellos.

De mi padre y otro hermano, no se nada. Han sido muchos los milicianos que hemos perdido y que hombres como aquellos no se encuentran fácilmente.

Nosotros decimos, aunque ha muerto Asturias, aunque ha caído, no ha muerto el espíritu ciudadano que sentimos y que nunca morirá, porque cada día se alimenta más. Asturias ha escrito su página en la historia, como siempre, y que es la más interesante.



AURORAS ANGELA GRAUPERA

(Continuación.)

—Trabaja, que hay labor para todos.

—Siempre la misma impertinente contestación. Trabaja. ¿Heme yo casado con un campesino? ¿Puede un cuerpo someterse a las durezas de esta existencia?

—¿Durezas? Qué injusta eres, Luisa. Y cuantos fugitivos y expatriados envidiarían nuestra situación a conocerla.

Me has hecho abandonar lugares que, a permanecer, hubieran también solucionado nuestro problema económico. Ten la paciencia de la espera, Luisa. Contempla con ojos confiados el nacimiento de las rosadas auroras en la seguridad que una de ellas iluminará el día bendito de la Paz y yo volveré a ser el hombre dichoso, mirándote feliz.

Volvíale la joven bruscamente la espalda, y, sin agradecer ni aceptar los saludables consejos, subía a su habitación pensando, encerrada en ella largas horas, entregada a la amargura de unos recuerdos que servían para maldecir el encuentro de la parda casuca, que en momentos difíciles y angustiosos se le apareció como rojo y esplendoroso faro de salvación.

Margarita se desconocía. Surgía en ella otra mujer infinitamente superior, que sabía desafiar las adversidades del destino y escrutar sin miedo el porvenir.

El trabajo, ejecutado con alegría, absorbía su tiempo y éste se corría fugaz, dejando en su joven alma perfumes que, acariciándola, la llenaban de dulce bienestar.

Quizás en esta adaptación había el brujo sortilegio de unos ojos acariciadores y apasionados que constantemente la ungían de admiración.

Ojos magistralmente elocuentes, en cuyo abismo, ella gustaba de hundirse y perderse hasta encontrar el espíritu y el consentimiento que, iluminándolos, la deslumbraban y estremecían. No eran tan elocuentes como los ojos las frases de Daniel, que balbuceaba a lo mejor y más interesante de una conversación, enrojecía, temblaba y se replegaba como súbitamente acometido de infantil temor. Una tarde que, regresando más pronto del trigal, sorprendió a la joven atareada en la limpieza de la cocina, deploró:

—¡Cuánto deben repugnarte esos groseros trabajos, a los cuales no estabas acostumbrada!

Soltó Margarita una risa que llenó de campanillas de plata la humilde estancia, dejando cuidadosamente sobre la mesa un montón de platos, contestó:

—¿Crées tú que soy una princesa en destierro?

—Princesa, no; pero sí ocupando una muy buena situación. Tu hermana...

—Oh, mi hermana! Es una remilgada y descontenta. No comprende la felicidad sin cines, teatros, peluqueros y todas las distracciones de las grandes ciudades. Las dos asumíamos todas las labores domésticas, exceptuando el lavado—confesó Margarita con risueña sinceridad.

—Entonces, ¿no han quedado allá tus riquezas?—insistió, dudando de la verdad.

—Allá ha quedado el hogar, el empleo de Jaime, lo bastante remunerado para vivir con decoroso desahogo. De nuestros padres heredamos una modesta finca, cuya renta servía para vestirme un poco y economizar. Luisa se lo gastaba todo en frivolidades de tocador.

Y ya tienes tu princesa convertida en fregona—terminó con otra y más cascabelera risa.

Sonrió también Daniel las palabras sinceras y leales de la joven y desde aquella tarde en su rostro irradió una luz tan intensa, jubilosa y viva que llenó a su padre de inquietud.

—Hijo mío, eres ya un hombre por los años, pero ingenuo y confiado como un niño. Careces de experiencia y estás acariciando un sueño que, seguramente, no podrás convertirlo en realidad—aconsejó, sin severidad, en la cansada voz.

Y como Daniel no contestara, añadió:

—El amor te acecha. Espera instalarse en tu corazón, quizás para dominarlo y hacerlo sentir el agudo dolor de los celos y de la decepción. Ignoras todo de esa joven.

—¿Acaso el amor indaga, investiga y pregunta? No, padre mío. Tengo a Margarita por buena. Me deslumbran en su mirada el sol de la lealtad. Es enérgica y laboriosa. Tiene la disciplina de la voluntad—contestó en la voz todo el entusiasmo y todo el fervor de la naciente ternura.

—Cierto, y soy el primero en admirar sus buenas cualidades. ¿Y si no le interesases? ¿Si hubiese contraído compromisos amorosos con otro hombre?

—Entonces, padre, el recuerdo dulce de Margarita sería como un perfume que acarició mis primeras ilusiones de amante y mis deseos de hombre. No se puede exigir lo imposible ni borrar lo que está escrito en el libro del pasado, y mucho menos violentar un sentimiento profundamente arraigado: Es tu filosofía, padre, y has sido mi maestro y mi educador.

—Estoy orgulloso de ti, Daniel. Dichosa la mujer que sepa comprender y compartir esos sentimientos tuyos, siempre vibrantes y puestos a manifestarse—ensalzó con visible enternecimiento.

Cuando Daniel iba al mercado, si al partir unos bellos ojos de mujer le seguían hasta perderse en frondosas y verdes lejanías, a su retorno, otra mujer le aguardaba de pie en el umbral de la puerta.

Y así entraba en el comedor, le arrebatava, con manos impacientes, los periódicos traídos del pueblo y que, una vez leídos, tiraba con brusco desaliendo.

No sucedió así un atardecer. Después de recorrer algunas de sus páginas, Luisa lanzó delirante grito de alegría.

Todos se sobresaltaron y a Margarita se le escapó de las manos una taza que estaba limpiando y se rompió sonoramente en el suelo.

—¿Qué te pasa?—inquirió Jaime, acercándose y tomando el periódico que ella le alargaba.



—Se anuncia el fin de las hostilidades, habló con temblores en la atiplada voz.

—Gran verdad, si no mienten los periódicos—confirmó el marido, lanzando hondo suspiro de satisfacción.

—Dichosa la Humanidad, que desconocerá los horrores de la guerra—añadió el anciano, elevando la diestra en gesto solemne.

Su hijo miró tristemente a Margarita y ésta inclinó la melancólica cabeza.

La desbordante alegría de Luisa, que veía en perspectiva su retorno a la ciudad, no encontró ecos jubilosos en el corazón ya cautivo de su hermana.

No era que la joven lamentara la paz y la vuelta a la normalidad; era que desconocía aún la fuerza de su amoroso sentimiento y si aceptaría el renunciamento de cuanto había dejado en la ciudad.

La seguridad que de pronto dejaría aquellas soledades, humanizaron un poco a Luisa.

Ayudó a su hermana, dejó de regañar y disputar con su marido y hasta tuvo sonrisas y amables palabras para los dos rudos campesinos.

De breve duración fué su alborozo y la esperanza, rotas sus alas, dejó que se arrastraran en el lodo de la decepción.

Los enemigos se disponían a destrozar de nuevo, con mayor insano furor, como si en la inmensidad no cupiesen todos los pensamientos y todos los ideales, por audaces y atrevidos que éstos fuesen.

Y no sentía Luisa la sangre derramada, no deploraba las víctimas caídas en torno de los combatientes, no sufría todo el intenso dolor de la tragedia; sentía únicamente su propia desventura, sufría porque se había roto el ritmo cadencioso de su vida y tardaba en sonar la hora de volver a conocer los placeres de que tanto había disfrutado.

Acariciando con culpable tenacidad un muy temerario proyecto, dejó amabilidades y sonrisas, amargando los días del bueno de su marido, que iba interesándose por las faenas agrícolas, admirando la resistencia física de aquellos hombres que trabajaban de sol a sol, sin aparente fatiga.

Había tardes en que Margarita se reunía con ellos, les prestaba un poco de ayuda y luego se internaba en el frutal donde Daniel se le reunía.

(Continuará)





TODOS los ciudadanos, toda la ciudad, toda Almería cooperó para atender a los ciudadanos de Málaga.

Sus casas, sus camas, su comida, sus hogares, sus instituciones, sus organizaciones, sus calles, estuvieron durante un mes a disposición de los malagueños.

Comprendió aquel gran pueblo almeriense toda la profundidad de la tragedia y se elevó a la altura inmensa de la generosidad desinteresada.

Su inegoísmo, fué un alcaide para reanimar a los evacuados. Su gesto fué una lección para aquellos que desde el exterior presentan a la España antifascista sin sentimientos humanos y sin escrúpulos. Quien hubiera visto Almería, quien hubiera estado en aquellos días comprendido entre la masa de refugiados, se hubiese sentido arrastrado por una pujante fuerza fraternal. Es que el gesto de Almería arrastraba una corriente de amor que nadie, nadie, hubiese podido hacer abstracción.

En aquel gran momento estelar de la población almeriense, había un profundo fondo de sentimiento de libertad, de

sentimiento de justicia social. Es que al abrir los brazos a Málaga, Almería abría los brazos y su corazón a aquellos que representaban en Málaga lo más florido, lo más escogido de una población. Los evacuados de Málaga eran los antifascistas acérrimos, eran los que habían actuado en la barricada, en los talleres, en las organizaciones; eran aquellos que tenían un tributo de sangre prestado a la lucha antifascista, eran aquellos que habían perdido sus familiares en las trincheras, eran aquellos que la libertad les es consubstancial.

Almería, abriendo los brazos a estos ciudadanos, los abría a nuestras caras ideas. Del abrazo de Málaga y Almería nació una reacción popular que revivió en los almerienses y malagueños, esperanzas agradables, esperanzas fructíferas, esperanzas traducidas en realidades.

Almería empezó a descongestionarse rápidamente. Su provincia empezó a absorber mujeres, niños y ancianos. Cataluña y Levante incorporaron a su ciudadanía gente de Málaga.

Y los hombres nutrieron fuertemente los frentes de lucha. El abrazo de los almerienses arrastró, voluntariamente, a los malagueños no movilizados, a la lucha.

Partieron sin lágrimas, conscientemente de su deber, y Almería, que abrió los brazos a Málaga, sonreía satisfecha al ver que su nobleza había servido para reponer materialmente y elevar moralmente a la ciudadanía libre de Málaga, que partía hacia los frentes de la libertad para luchar contra aquellas hordas que emporcaron su terruño.

¡Almería! Ciudadanos almerienses, el pueblo antifascista español valoriza tu comportamiento y se siente honrado de tenerte entre la gran familia antifascista.

Un pueblo como el tuyo, que lo dió todo, todo, pero todo, cuando Almería abrió los brazos a Málaga, es digno y tiene la admiración de todo el conglomerado antifascista.

PLAN DE REALIZACIONES DEL MINISTRO DEL TRABAJO Y ASISTENCIA SOCIAL

El Doctor Ayguadé ha hecho interesantes manifestaciones

HA DICHO

...Uno de los problemas pendientes es el de la asistencia social, que es preciso prestar a los huérfanos a consecuencia de esta guerra, asistencia que se prestará en la forma que se llama «abierta», a igual que viene haciéndose en todos los países democráticos europeos. Se pasará del régimen de los orfanatos al sistema «familiar», que ofrece resultados más positivos a los niños y es, además, más económico para el Estado. Los huérfanos recogidos o atendidos por familias obreras y también por las de más posibilidades que éstas, serán inspeccionados por el Estado, el cual pagará la correspondiente pensión por ellos. Este sistema, que ya se aplica con los refugiados de guerra y en familias nacionales y extranjeras, está dando excelentes resultados.

Otro problema—agregó—que merece en la actualidad toda la atención del Gobierno es el relativo a los mutilados de guerra y se estudia la manera de que la solución sea lo menos gravosa para el Estado, a base de procurar que los mutilados o inválidos den un rendimiento, adaptado cada uno a sus posibilidades.

Contestando después a preguntas que le fueron dirigidas, el ministro dijo que la cifra total de las personas que han tenido que abandonar sus respectivas residencias habituales, o sea los refugiados, asciende a unos tres millones, aproximadamente, y que a pesar de este gran número han podido ser acomodados en distintos lugares, gracias a la perfecta organización que a estos servicios ha dado el Gobierno. A los obreros aptos se les facilita ocupación inmediata y gracias a ello los dispendios por esta causa son, desde luego, menores.